



REFLEXIONES

SOBRE

EL CARÁCTER Y MOVIMIENTO GENERAL DE LOS DIFERENTES PUEBLOS DEL UNIVERSO

Á ÚLTIMOS DEL SIGLO XII

El viajero que navega por el Océano, lejos de extrañarse de encontrar vientos y tempestades, se extrañaría si no las encontrase. Los vientos le son necesarios para navegar, y las tempestades son útiles y quizá necesarias para impedir la corrupción y conservar la salubridad de la atmósfera. El cristiano ve además la grandeza de Dios en los mugidos de las olas y en las profundidades del Océano, y en lo más recio de la tempestad pone su confianza en Aquel que ha dicho al mar: «Hasta aquí llegarás y de aquí no has de pasar.»

Embarcado en el navío de la Iglesia, sobre el tempestuoso mar de este mundo, el cristiano no se extraña de hallar en su camino los vientos desencadenados de las pasiones humanas, las tempestades suscitadas por el infierno, cismas, herejías, escándalos, guerras y revoluciones. Sabe que todo esto es útil y aun necesario para probar á los individuos y á las naciones, así como para glorificar á Dios y á su Iglesia.

Sin las persecuciones de los primeros siglos, sin las invasiones de los bárbaros, sin las herejías y los cismas, sin los abusos y los escándalos, el mundo no hubiese visto la multitud de mártires que glorificaron á Dios dándole testimonio con su sangre; no hubiese visto á los bárbaros invasores transformados en fieles hijos de la Iglesia: no hubiera visto á la doctrina cristiana salir victoriosa ante el exámen de la razón humana; no se hubiese convencido de que la unidad de la Iglesia es una unidad divina, fuera de la cual todo muere; y por último, no hubiese podido sospechar que la Igle-

sia poseía la virtud de sacar de sus mismas llagas una nueva vida.

Á últimos del siglo XII principió entre los pueblos del centro del Asia una gran revolución que sirvió para que penetrase el catolicismo entre los tártaros, mogoles, chinos y otros pueblos.

En esta época era gran Kan de los tártaros y mogoles Avenk, ó Ung-Kan, príncipe cristiano de la tribu de Keri, y á quien nuestros historiadores y viajeros llaman el Preste Juan, porque en efecto era sacerdote. Tenía por yerno al famoso Guinguiskan, llamado primero Temudjin.

Éste, que nació en el año 1163 de nuestra era, sucedió á su padre, que era jefe ó kan de una tribu mogola, y despues de derrotar en el año 1202 á su suegro Ung-kan en una sangrienta batalla, fué proclamado gran Kan y recibió el nombre de Guinguiskan ó rey de reyes. Mandó que se creyese en un solo Dios, creador del cielo y de la tierra, que da la vida y la muerte, los bienes y la pobreza, y que tiene un poder absoluto sobre todas las cosas, y con la condicion de creer en esto toleraba cualquiera religion: así habia, entre sus hijos y los príncipes de su familia, cristianos, judíos y mahometanos. Su vida fué una serie no interrumpida de guerras, victorias y conquistas, mostrándose en varias ocasiones muy cruel con los vencidos. Murió en 1227, á la edad de 66 años, despues de 22 de reinado y siendo señor absoluto desde el Tauro hasta Pekin; es decir, en un territorio de más de 1.500 leguas de largo.

Desde luego se deja ver el espíritu de humanidad introducido por el cristianismo en las guerras, comparando las de Guinguiskan con las de la Europa cristiana y aún con las más crueles, cuales son las civiles.

Las conquistas de Guinguistan, continuadas por sus hijos, aunque arruinaron muchas ciudades y destruyeron muchos reinos, dieron sin embargo nuevo impulso al espíritu humano, y ocasion para hacer admirables descubrimientos. Como el conquistador mogol acogia favorablemente, lo mismo que sus descendientes, á los comerciantes, viajeros y embajadores de todas las naciones, pronto llegaron allí religiosos enviados por el papa, comerciantes y viajeros de Occidente, que emplearon muchos años en visitar la Tartaria, la India y la China, estudiaron sus curiosidades y sus costumbres, y trajeron á Europa nociones más exactas del Asia Central y Oriental, de sus pueblos, sus montañas, sus rios y sus mares. Esto dió lugar á que se tratase de hallar un camino marítimo para visitar estos países, á que se inventase la brújula, se diese la vuelta al África, se descubriese la América y se adquiriese la convicción de la redondez de la tierra dándola una vuelta por mar.

Mientras el Asia del Centro, del Norte y del Este servia de campo de batalla á tártaros y mogoles, el Asia Occidental, la Siria y la Palestina eran el teatro de otra lucha no menos sangrienta entre mahometanos y cristianos. Para el mahometismo, religion de guerra y de lujuria, la paz y las costumbres honestas son la muerte, su única vida es la guerra; para el cristianismo, religion de paz, de pureza y de amor, la paz y las buenas costumbres son su vida; sólo hace la guerra para conseguir la paz. Los combates de Carlos Martel en Francia, de los cristianos de Italia y España y las expediciones de Godofredo de Bouillon, no tuvieron otro objeto que rechazar las invasiones mahometanas.

Saladino nació en 1137, cuando aún los mahometanos estaban divididos entre dos califas, el califa abasida de Bagdad y el califa fatimita del Cairo en Egipto. Pasó sus primeros años entregado al libertinaje; sucedió á su tío Chirkuh en el cargo de visir del califa de Egipto, que habia usurpado á Chawer, y á la muerte del califa fatimita de Egipto Aded, suprimió este califato, no dejando reconocer más que al califa abasida de Bagdad. A la muerte de Nuredino, califa abasida, Saladino, con pretexto de restablecer la tranquilidad, marchó á Damasco, sitió al hijo de Nuredino en Alepo, obligándole á que le cediese Damasco y la

Siria meridional, y cuando en 1182 murió el joven califa, consiguió por medio de intrigas, de dinero y por la fuerza de las armas, apoderarse de toda la Siria hasta el Eufrates. Dueño entonces de la Siria y del Egipto, se dedicó por completo á su antiguo proyecto de expulsar de la Palestina á los francos y marchar despues á atacarles en su propia casa.

El reino cristiano de Jerusalem se debilitaba cada vez más á consecuencia de sus divisiones interiores y de su mala conducta para con los infieles. Siendo su rey Balduino IV, Bohemundo, príncipe de Antioquia, persiguió encarnizadamente al patriarca de Antioquia Aimeri, así como á los demas obispos y prelados del país, por haber sido excomulgado á consecuencia de haber abandonado á su mujer legitima por una concubina.

Poco despues Aimeri tuvo el consuelo de reunir á la Iglesia romana la nacion maronita, que inviolable hoy en su ortodoxia como en su independencia, desciende de las inaccesibles montañas del Líbano, en donde se habia refugiado cuando la invasion de los mahometanos, y se extiende por las costas de la Siria, presentando en todas partes el consolador espectáculo de su fe, de su inteligencia y de su valor.

La decadencia del reino cristiano de Jerusalem y los desastres que con frecuencia sufrían los ejércitos cristianos, parecían indicar que tantos trabajos y sufrimientos habian sido inútiles para la religion, pero no es así, y una prueba de ello son los maronitas, á quienes la presencia en la Siria de los cristianos de Occidente confirmó para siempre en la fe católica y en la unidad de la Iglesia. Cerca de esto están los sirios católicos de dos clases, los melquitas, que siguen el rito griego, y los sirios, que siguen el rito siríaco.

Por la misma época, los armenios se acercaron también á la Iglesia romana, y desde hace muchos años, una parte muy considerable de ellos se ha unido cordialmente á ella, habiendo dado en 1829 los armenios católicos en masa un ejemplo de heroísmo, saliendo desterrados de Constantinopla más de treinta mil, con sus mujeres y sus hijos, y dejando sus bienes, sus casas y su comercio por no comunicar con el patriarca cismático.

Mientras tanto, los griegos se separaban cada vez más de la Iglesia romana por su perfidia y sus crueldades. Llenos de odio hacia los latinos, esperaban con impaciencia la ocasion para exterminarlos, y ésta se presentó cuando los descontentos llamaron á Andrónico, de la familia de los Commenos, para reemplazar á Alejo,



protovestuario, que gobernaba á la emperatriz María y al joven emperador Alejo, su hijo.

Llegado Andrónico á Constantinopla, sus tropas y el pueblo atacaron á los latinos, en quienes hicieron una espantosa carnicería, sin perdonar las iglesias ni hospitales, ni distinguir entre los legos y los sacerdotes y monjas. No contentos con dar muerte á los vivos, desenterraron á los muertos y arrastraron sus cadáveres. Los más humanos vendieron á los turcos los que se habían refugiado en sus casas, y de este modo fueron reducidas á esclavitud más de cuatro mil personas de todos los sexos, edades y condiciones. Se dice que los latinos, que habían podido huir en algunas galeras y navíos que había en el puerto, ejercieron terribles represalias en las ciudades y monasterios de las costas de Tesalia y de otras provincias marítimas.

Dueño Andrónico de Constantinopla y de todo el imperio, dió rienda suelta á sus sanguinarios instintos, ejerciéndolos, no sólo con sus enemigos, sino también con los mismos que habían servido á su ambición. María, hermana de Alejo, y su marido el César Juan Rainier de Monferrat, fueron envenenados por orden suya, y más tarde hizo firmar al hijo la sentencia de muerte de su madre la emperatriz, que fué estrangulada. Afectando un amor paternal por el joven emperador Alejo, Andrónico quiso que fuera coronado solemnemente, y le llevó sobre sus espaldas á la iglesia, volviendo del mismo modo á palacio y derramando lágrimas de ternura, pero éstas eran las caricias del tigre.

El emperador Manuel y Andrónico habían vivido amancebados con dos hermanas, que eran sobrinas suyas, y de las cuales tuvieron, Andrónico una hija llamada Irene, y Manuel un hijo llamado Alejo. Una vez en el poder Andrónico, trató de casar estos dos frutos del incesto, y era tal la corrupción de la Iglesia griega cuando se separó de la Iglesia romana, que á pesar de la oposición del patriarca y de algunos pocos obispos, fué celebrado el matrimonio por el arzobispo de Bulgaria. Habiéndose retirado el patriarca á la isla de Terebinto, y vacante la silla patriarcal, fué nombrado para ocuparla Basilio Camatero, que prometió por escrito someterse por completo y en todo á la voluntad de Andrónico.

Éste, fingiéndose víctima de una violencia, hizo que el pueblo lo aclamase emperador en unión del joven Alejo, á quien luego hizo dar muerte en Octubre del mismo año 1183. Después de la muerte de Alejo, Andrónico quiso que su hijo primogénito Manuel se casase con

su viuda Ines, hija del rey de Francia; Manuel se negó á ello, por lo cual fué puesto en prisión y declarado inhábil para suceder á su padre, el cual nombró sucesor suyo á Juan, su hijo segundo, y se casó él mismo con la joven princesa Ines, creyendo adquirir de este modo un nuevo derecho al imperio.

Isaac Angel y Teodoro Cantacuceno se habían encerrado en la ciudad de Nicea, negándose á reconocer á Andrónico; éste marchó á sitiar la ciudad, que defendieron valerosamente; pero habiendo muerto Cantacuceno en una salida, Isaac Angel se acobardó, y en unión con el obispo, determinó á los habitantes á rendirse. Andrónico, que había prometido perdonar á los vencidos, sólo cumplió su palabra con Isaac Angel y el obispo; pero saqueó la ciudad é hizo una horrible carnicería en sus habitantes. En la isla de Chipre, Isaac Commeno, nieto por su madre de Isaac Commeno, hermano de Manuel, había tomado el título de emperador y trataba á los pueblos con inaudita crueldad. Esta usurpación dió nueva ocasión á Andrónico para satisfacer sus feroces instintos en Constantinopla contra todos los que en algun tiempo habían sido amigos de Isaac.

Alejo Commeno, sobrino de Manuel, y que había sido desterrado á Rusia, cansado del destierro, se marchó á Sicilia, en donde reinaba Guillermo II el Bueno, á quien describió el mal estado del imperio, y lo fácil que era hacer en él una invasión. Guillermo armó una flota, de la que dió el mando á su primo Tancredo, que se embarcó el 11 de Junio de 1185, y tomó por asalto á Durazzo el 24, dirigiéndose después á Tesalónica, cuya ciudad sitiada por tierra y por mar, fué tomada después de un asalto general. Cuando Andrónico supo que el rey de Sicilia se disponía á hacerle la guerra, pactó una alianza con Saladino, sultán de Egipto y de la Siria, y enemigo mortal de los cristianos. Por este vergonzoso y criminal tratado se comprometían recíprocamente, y por juramento, á auxiliarse uno á otro cuantas veces lo necesitasen. Andrónico debía ayudar á Saladino en la conquista de la Palestina, quedando el sultán dueño de Jerusalem y de la costa marítima hasta Ascalon, aunque considerando este país como feudo del imperio, y Saladino, por su parte, debía secundar á Andrónico para apoderarse de Icona y de la Cilicia, hasta Antioquia. Celebrado este tratado, y hechos algunos preparativos de defensa, Andrónico se encerró en su palacio, entregándose á los placeres y en brazos de las prostitutas.

Esta inacción indignó al pueblo, y sus cortesanos precipitaron su caída, persuadiéndolo



de que su indulgencia alentaba á los sediciosos, y aconsejándole que les intimidase por medio de ejemplares castigos. En efecto, fué dictada una sentencia de muerte contra todos los presos y desterrados, lo mismo que contra los que ya habían sufrido el castigo de sacarles los ojos, y se hizo también extensiva á sus parientes y amigos.

Viendo Andrónico su causa cada vez en peor estado, y creyéndose abandonado de Dios, envió al cortesano Estéban á consultar á un mago, y habiéndole preguntado quién sucedería á Andrónico y cuándo, contestó que el nombre del sucesor principiaba por *Is*, y que la revolución se verificaría á mediados de Setiembre. Al saber Andrónico la respuesta del astrólogo, creyó que se refería á Isaac Commeno, que se había hecho proclamar emperador en Chipre, y cuando su cortesano le aconsejó que por precaución se deshiciese de Isaac Angel, se echó á reír, porque le tenía por cobarde é imbécil. Sin embargo, el cortesano Estéban trató de dar una prueba de su celo por su señor prendiendo á Isaac, y esta precaución provocó la revolución. Al ir Estéban á prender á Isaac Angel, éste saltó á medio vestir sobre un caballo, le partió la cabeza de un sablazo y corrió hasta la iglesia de Santa Sofía, gritando por las calles: «¡Á mí, ciudadanos! ¡He matado al diablo!» Pronto acudió el pueblo, que ya se había provisto de armas, y como en medio del tumulto se oyese algunas voces aclamando á Isaac, fueron repetidas por la multitud, y uno de los sacristanes de la iglesia tomó la corona de oro que desde el reinado del gran Constantino estaba colgada encima del altar, y la puso en la cabeza de Isaac.

Andrónico, con su mujer y una cómica, de la que estaba perdidamente enamorado, se refugió en una barca y se dirigió hacia el Ponto Euxino; pero fué aprehendido, llevado á Constantinopla y sometido á los tormentos más inhumanos y crueles antes de morir. Su muerte tuvo lugar el día 12 de Setiembre de 1185. Tales eran el emperador y el pueblo griegos cuando consumaron su separación de la Iglesia romana con el asesinato de los cristianos de Occidente que entre ellos residían. Pueblo y emperador eran dignos uno de otro.

Entre los más negros vicios, se vieron en Andrónico algunos rayos de virtud. Era sóbrio, socorria á los indigentes, reprimía la injusticia de los poderosos, no daba las magistraturas más que al mérito, era enemigo de los monopolios, no tocaba á los bienes de aquellos á quienes hacía dar muerte, y lo que es más extraño aún, á pesar de sus inauditas crueldades,

era más humano aún que su pueblo, puesto que tuvo que imponer fuertes castigos para desterrar la bárbara costumbre que los griegos tenían de robar á los que naufragaban en sus costas.

Por esta misma época los judíos eran muy mal mirados en Europa, porque se les acusaba, y se había probado, según nos dicen los historiadores, que en el jueves ó viernes santo crucificaban y estrangulaban á un niño cristiano en señal de desprecio al cristianismo, que en aquellos días conmemora la Crucifixión de Nuestro Señor. San Ricardo en Francia y San Guillermo en Inglaterra fueron muertos de este modo por los judíos.

En los tiempos modernos algunos han dicho que esto es una calumnia, y que los judíos no pudieron hacerlo, porque lo prohíbe la ley que profesan; pero los que razonan de este modo olvidan que el hombre puede violar la ley de Dios, y que por encima de esta ley pone el judío una ley humana, el Talmud, que no sólo permite, sino que manda engañar y matar á los cristianos siempre que haya ocasión. Por esto, porque tenían como esclavos á cristianos y cristianas, á quienes hacían apostatar, porque practicaban la usura de una manera escandalosa y porque profanaban de diversos modos los vasos sagrados y crucifijos que tenían en prendas de lo que prestaban á algunas iglesias, Felipe Augusto trató de vengarse de ellos. Principió por absolver á todos los cristianos de su reino de lo que debían á los judíos, reservándose en provecho suyo la quinta parte, y en Abril de 1182 publicó un decreto mandando que todos los judíos estuviesen dispuestos á salir de su reino el día de San Juan, pudiendo vender sus bienes muebles, y quedando confiscadas sus casas, tierras y demás bienes inmuebles. Todo el mundo admiró esta fuerza de resolución en un rey de diez y seis años.

Los nuevos maniqueos, albigenses, patarinos, etc., cuyas doctrinas eran tan subversivas para la Iglesia como para la sociedad, y que continuaban desolando el mediodía de la Francia, fueron completamente derrotados por las tropas de Felipe Augusto.

Por este tiempo también (año 1160) apareció una nueva secta, llamada generalmente de los waldenses, del nombre de Pedro Waldo, comerciante de Lyon, que hallándose en una junta de comerciantes se sintió tan impresionado por la muerte repentina de uno de ellos, que vendió todos sus bienes, se asoció con algunos que le imitaron y se rodeó de pobres, á quienes enseñaba la pobreza voluntaria y á imitar la vida de Jesucristo y de los apóstoles. Se les llamaba también humillados y pobres de Lyon, y eran



estimados al principio por su dulzura y sencillez, sin que se les censurara otra cosa que la ociosidad de su pobreza; pero despues les cegó el orgullo, y decian que como eran pobres, lo mismo que los apóstoles, tenian el derecho de predicar, y hasta de consagrar y confesar, derecho que habian perdido los obispos y sacerdotes por el único hecho de poseer algo. De este modo se extraviaron poco á poco, no por el orgullo de la ciencia ni de las riquezas, sino, lo que es más raro, por el orgullo de la pobreza.

En Lombardía habia, hacia ya un siglo, una orden de individuos del mejor espíritu y aprobada por la Iglesia. En el año 1036, algunos lombardos, que fueron llevados prisioneros á Alemania, sufrieron su infortunio con resignacion cristiana, tomaron un hábito pobre y se dedicaron á ejercicios de piedad, caridad y mortificacion. Noticioso el emperador de su género de vida, les concedió la libertad, y de vuelta á su país continuaron su asociacion y vivieron del trabajo de sus manos, para lo cual establecieron fábricas de tela de lana, en las que trabajaban ellos, á la vez que sus mujeres, que querian seguir su ejemplo, se ocupaban en hilar lana. Esta asociacion subsistió de este modo hasta el año 1134, en que San Bernardo les aconsejó que se separasen de sus mujeres, viviesen en comunidad y se pusiesen bajo la proteccion de la Virgen, cambiando para esto sus hábitos cenicientos en blancos, como signo de la pureza de su alma. Unos continuaron su antiguo género de vida, y otros, siguiendo el consejo de San Bernardo, vivieron en lo sucesivo en comunidad y separados de sus mujeres.

Algun tiempo despues San Juan de Meda formó en esta asociacion una tercera orden. Viendo el peligroso crecimiento de los humillados, concibió el pensamiento de hacer de ellos verdaderos religiosos, y lo realizó, consiguiendo que al poco tiempo hubiese ya numerosos conventos de esta orden. Desde entonces dejaron ya la fabricacion de telas, y se ocuparon, despues del oficio divino, los hermanos en el jardín, y las hermanas en la costura. Las tres ordenes continuaron subsistiendo aprobadas por el papa. San Juan de Meda fué el primer predicador de los humillados; pero despues, viendo el papa su buen éxito, permitió predicar á los clérigos, y hasta á los legos instruidos de esta congregacion, y desde entonces fueron enemigos formidables para los maniqueos, á quienes confundieron públicamente, convirtiendo tambien á muchos.

Ubaldo, cardenal-obispo de Ostia y natural

de Lucques en Toscana, fué elegido papa con el nombre de Lucio III, en 1.º de Setiembre de 1181. Para atender á los males causados á la cristiandad por los maniqueos en Occidente y en Oriente por los sarracenos, reunió un concilio en Verona. Otro de los hechos notables de su pontificado es la correspondencia que sostuvo con Saladino y su hermano Malek-Adhel, respetó á la redencion de los cautivos y en la que los dos hermanos hablan del jefe de la cristiandad con gran respeto y veneracion, y confiesan que ocupa la primera dignidad en el universo.

En 1183 se rebelaron los romanos, que obligaron al papa á salir de la ciudad y le precisaron á comprar la paz con las grandes sumas de dinero que le enviaron varios príncipes. Esta paz duró poco, pues los romanos la violaron pronto, cometieron vergonzosos excesos y obligaron al papa á trasladarse á Verona, adonde esperaba que el gobernador fuera en su auxilio.

En 1183, el emperador habia firmado en Constanza un tratado de paz definitiva con las ciudades ó repúblicas de Lombardía, tratado por el cual se terminó la larga lucha para el establecimiento de la libertad italiana, y por el que las repúblicas lombardas, cuya existencia habia sido hasta entonces vacilante, fueron reconocidas y constituidas legalmente.

En el año que siguió á la paz de Constanza, Federico con su hijo se trasladó á Italia, en donde las ciudades que más se le habian resistido ántes, rivalizaron en su celo por obsequiarle, y allí pasó todo el año de 1184, la mayor parte del tiempo en Verona, para ocuparse de los intereses del imperio y de la Iglesia, tanto en Europa como en Asia, con el papa y con los arzobispos, obispos y príncipes que allí llegaron de todas partes.

Entre otros asuntos se trató del arreglo de las diferencias surgidas con motivo de las provisiones de los arzobispados de Salzburgo y Maguncia, para facilitar la paz de Venecia y el fin del cisma, de la rehabilitacion de los eclesiásticos ordenados por cismáticos en tiempo del papa Alejandro, rehabilitacion primero concedida y despues negada hasta que se acordase en concilio general; de la doble eleccion para el arzobispado de Colonia, y de la posesion de los bienes de la condesa Matilde, cuyo usufructo tenia por quince años el emperador, pero que debian despues volver á la Iglesia romana á menos que el emperador probase tener legítimos derechos á ellos. Se discutió el asunto, pero no hubo arreglo posible.

Además de estos asuntos particulares, se



trataron tambien en el concilio reunido en Verona asuntos de interes general, como el reprimir en Occidente las herejías maniqueas que atacaban á la vez á la religion y al orden moral, y oponer una barrera al poder musulman, que amenazaba de nuevo á toda la cristiandad.

Respecto al primer punto, el papa Lucio III publicó una constitucion, en la que condenaba á todas las sectas heréticas y á los herejes que entonces pululaban por muchas partes, así como tambien á sus fautores; mandaba á los obispos que se informasen por sí mismos ó por comisarios de las personas sospechosas de herejía; distinguía los grados de sospechosos, convenidos, penitentes y relapsos, aplicándoles penas diferentes; decretaba contra los culpables penas espirituales, y por último los abandonaba al poder secular para que los aplicase penas temporales. Esto, como se ve, es el establecimiento de la inquisicion contra los herejes, tal como la vemos desde el siglo V, establecida en Roma por San Leon el Grande contra los mismos maniqueos, y como es preciso que exista bajo un nombre ó bajo otro en toda sociedad que quiera su propia conservacion.

Toda sociedad persigue al que conspira, no sólo contra su constitucion entera, sino al que viola una ley; ahora bien, todos los pueblos son miembros de una sociedad, que es la Iglesia, y su ley fundamental es la fe católica, que en la edad media figuraba á la cabeza de todas las demas leyes; por consiguiente, nada más natural sino que las repúblicas, reinos é imperios, velasen por todos los medios posibles por la conservacion de la fe y castigasen á los que la atacaban.

Respecto al segundo asunto de interes general tratado en el concilio de Verona, los documentos de la época nos dicen que el arzobispo Gerardo de Ravena expuso el triste estado del reinado de Jerusalem. Balduino IV, ciego y leproso, nombró regente del reino á Gui de Lusignan, su yerno; pero conociendo despues su incapacidad, le retiró el poder é hizo coronar solemnemente á su sobrino Balduino, niño de cinco años, que dió la regencia del reino al conde de Trípoli. Gui de Lusignan se encerró en Ascalon y se negó á obedecer al rey, por lo cual y en vista de los progresos de Saladino, Balduino envió á Occidente á Heraclio, patriarca de Jerusalem, Arnaldo maestro de los Templarios y á Roger, maestro de los Hospitalarios, los cuales llegaron á Verona y expusieron al papa y al emperador la necesidad de una expedicion contra los infieles. El emperador prometió concertar con los prínci-

pes la expedicion despues que volviese á Alemania, y el papa dió á los enviados de Oriente cartas de recomendacion para los reyes de Francia é Inglaterra. El maestro de los Templarios murió en Verona, y los otros dos enviados marcharon á Francia, en donde fueron muy bien recibidos por Felipe Augusto, que envió á la Tierra Santa, á sus expensas, valientes caballeros y mucha gente de á pié, y que no hizo el viaje en persona por no tener aún hijos. De Francia pasaron los embajadores de Oriente á Inglaterra, en donde el rey Enrique les prometió enviar fuertes sumas de dinero; mas como ellos le dijiesen que esto no bastaba y que lo que necesitaban era un hombre, un príncipe como él ó alguno de sus hijos, resolvieron que el rey y ellos marcharian á Francia á consultarlo con el rey Felipe, su señor soberano. En efecto, conferenciaron durante tres dias en Vendreuil, cerca de Ruan, y acordaron enviar grandes socorros, tanto de hombres como de dinero, y el patriarca se volvió á la Palestina sin sacar gran fruto de su viaje.

El rey de Jerusalem Balduino IV murió de lepra en el mismo año 1185, y su sobrino y sucesor Balduino V murió al año siguiente á la edad de nueve años. El papa Lucio III murió tambien en Verona el 24 de Noviembre del año 1185, y al dia siguiente fué nombrado para sucederle el cardenal Huberto Crivelli, arzobispo de Milan, que tomó el nombre de Urbano III. El emperador Federico recibió con benevolencia las cartas del nuevo papa y prometió proteger los dominios de la Iglesia; pero los hechos no correspondieron á sus palabras. Casó á su hijo Enrique con Constanza, hija póstuma de Roger, rey de Sicilia, y tia de Guillermo II, que entonces reinaba, y lo hizo contra la voluntad del papa, de quien la Sicilia era feudo, y que veia el peligro de que este reino fuese reunido al imperio por no tener hijos Guillermo. Federico hizo además proclamar César ó emperador á su hijo, lo cual era una innovacion capital, porque siendo los emperadores de Occidente defensores titulares de la Iglesia, natural era que el papa eligiera el que habia de ser su protector; por consiguiente, al declarar Federico por sola su autoridad emperador á su hijo, anunciaba á la Iglesia que en adelante, más que su defensor, sería su señor y tirano. Estos y otros actos no ménos agresivos del emperador y de su hijo hicieron que el papa le amenazase con la excomunion, y en vista de esto Federico expuso á los obispos en una dieta los agravios contra el papa y les pidió su parecer. Los obispos acordaron escribir al papa exponiéndole los agra-